

Dichosos los pobres en espíritu, porque el reino de los cielos les pertenece

Mateo 5:3

Pastor Tim Melton

En la Biblia, la ilustración más clara para entender mejor la vida la encontramos en la vida de Jesús. Cuando leemos sobre la vida de Jesucristo, su manera de vivir nos parece muy ajena. Cuando vemos las historias de Jesús, parece como si jugara con reglas diferentes, tuviera un guión diferente, o viniera de un mundo diferente con el que no podemos relacionarnos.

Él descansaba, nosotros nos preocupamos. Él daba, nosotros acumulamos. Él era audaz, nosotros tememos. Él perdonaba, nosotros odiamos. Él complacía al Señor, nosotros complacemos al mundo de nuestro alrededor. Él hablaba con autoridad, nosotros pedimos perdón por decir la verdad. Él vino a establecer el reino de los cielos, y a nosotros nos tienta el reino de este mundo.

En Mateo 5:3, vemos una de sus enseñanzas que parece muy contradictoria con el mundo que conocemos. Mateo, uno de los seguidores de Jesucristo más cercanos, registró estas palabras de Jesús:

“Dichosos los pobres en espíritu, porque el reino de los cielos les pertenece.”

Algunas versiones bíblicas utilizan la palabra “bendecir”: ***“Dios bendice a los que son pobres en espíritu y se dan cuenta de la necesidad que tienen de él, porque el reino del cielo les pertenece.”*** Usamos esta palabra tan frecuentemente que ha perdido su significado en el sentido bíblico. El significado original está asociado con la idea de tener todo lo que necesitamos. Esto es diferente de tener todo lo que queramos. Dios determina lo que realmente necesitamos. La idea se ve más claramente en su uso para describir la isla de Chipre. Chipre, una isla del mar Mediterráneo cerca de la costa sur de Turquía, era conocida como “la isla feliz”. La palabra “feliz” era igual a la palabra “bendita”. Si eras de Chipre, podías vivir toda tu vida sin tener que salir de la isla. Chipre era una tierra tan fértil y bella, con un clima fantástico, fruta, ganado, pescado y recursos naturales, que uno nunca necesitaba mirar mas allá de Chipre para satisfacer sus necesidades.

Esa es la idea de la felicidad de alguien que está en Jesucristo. Esa persona nunca más tendrá que mirar hacia el mundo para tener sus necesidades espirituales satisfechas. Como escribe el apóstol Pablo en Filipenses 4:19:

“Así que mi Dios os proveerá de todo lo que necesitéis, conforme a las gloriosas riquezas que tiene en Cristo Jesús.”

Ya no tendremos que mirar hacia el mundo para obtener paz, amor, felicidad, o esperanza. Ya no tendremos que vivir buscando la aprobación de los demás. Ya no tendremos que luchar para lograr reconocimiento, fama, o notoriedad. Ya no seremos rehenes persiguiendo las prioridades del mundo. La respuesta a nuestras necesidades más profundas la encontraremos dentro de nosotros permaneciendo en Cristo.

“Dichosos los pobres en espíritu.” “Pobre en espíritu” es equivalente a estar en bancarrota espiritual. Es darse cuenta de nuestra total impotencia en todo lo espiritual.

En tiempos del Nuevo Testamento normalmente se usaban dos palabras para describir la pobreza. Una palabra que puede traducirse como “pobre” se usaba para el hombre que no tenía ahorros ni trabajo. Se levantaba cada mañana y esperaba encontrar algún tipo de trabajo para el día. Luego le pagaban al terminar la jornada y al menos podía comprar pan para su familia. Él era pobre.

La segunda palabra que traduciríamos como “pobre” se usaba para las personas que no podían valerse por sí mismas. Este tipo de pobre sería el paralítico que no podía trabajar, levantarse de la cama o incluso alimentarse. Estaba a merced de quienes lo rodeaban para satisfacer todas sus necesidades. Esta segunda palabra es la que Jesús utiliza en este versículo. Describe nuestra absoluta impotencia. Estamos espiritualmente desahuciados. En nuestro propio poder no hay nada que podamos hacer para agradar a Dios o buscar la rectitud. Esta es la verdad que Jesús nos presenta. Este es el tipo de persona que está lista para depender completamente de Dios.

William Barclay lo resume con estas palabras:

“Bendito es el hombre que se ha dado cuenta de su total impotencia y que ha puesto toda su confianza en Dios. Si un hombre se ha dado cuenta de su total impotencia, y ha puesto su total confianza en Dios, entrarán en su vida dos cosas que son lados opuestos de una misma cosa. Se volverá completamente desapegado de las cosas, porque sabe que las cosas no pueden traernos la felicidad o la seguridad; y estará completamente apegado a Dios, porque sabe que solo Dios puede darle ayuda, esperanza y fuerza. El hombre pobre en espíritu es el hombre que se ha dado cuenta de que las cosas no significan nada, y que Dios lo es todo.”

Este tipo de quebrantamiento espiritual y dependencia de Dios nos prepara para ser conducidos al reino de los cielos. Para tener un reino, tiene que haber un rey. Para tener un rey, tiene que haber súbditos. Para tener súbditos, tiene que haber gente dispuesta a someterse al señorío del rey. Cuando uno se aparta de su propia autosuficiencia y pone su completa confianza en Jesucristo se convierte en ciudadano del reino de los cielos.

* * *

Esta misma actitud de sumisión hace posible la obediencia diaria, al darse cuenta uno de su propia debilidad y de la fortaleza de Dios.

Piensa en tu vida. ¿Cuándo te has sentido completamente impotente? ¿Qué pasaba en tu vida en ese momento? Tal vez tenías problemas matrimoniales. Quizás habías perdido el empleo y no tenías ni idea de cómo ibas a proveer para tu familia. Tal vez tú o alguien que conocías tenía una enfermedad grave. Quizás era una tentación que no podías superar. Tal vez intentabas hablarle a un ser querido del amor de Cristo. Tal vez era porque te habían roto el corazón o se habían derrumbado tus sueños.

Me imagino que la mayoría de nosotros fuimos impulsados a orar porque estábamos en una situación desesperada que no podíamos resolver por nosotros mismos. Nos dábamos cuenta de que no éramos lo suficientemente inteligentes. No éramos lo bastante ricos. No éramos lo suficientemente fuertes. No éramos lo suficientemente buenos... No éramos suficiente. En nuestra debilidad teníamos que buscar la ayuda fuera de nosotros, así que nos volvimos hacia Dios.

Nos recuerda a las palabras de Dios en 2 Corintios 12:9. El apóstol Pablo estaba clamando al Señor, y Él le respondió: ***“Te basta con mi gracia, pues mi poder se perfecciona en la debilidad.”***

* * *

El problema para muchos de nosotros es que Dios nos dice que somos pobres en espíritu, pero no vemos esta pobreza en el mundo físico de nuestro alrededor. Tenemos una casa, un trabajo y una vida cómoda. No creemos que seamos tan malos como los criminales de los que hablan en las noticias. No nos sentimos pobres y espiritualmente en bancarrota, por lo que nos convencemos de que todo está bien. Continuamos haciendo funcionar nuestra vida usando las estrategias del mundo, e ignoramos el hecho de que necesitamos desesperadamente a Dios. Nos parecemos a la iglesia de Laodicea, en Apocalipsis 3:17:

“Dices: ‘Soy rico; me he enriquecido y no me hace falta nada’; pero no te das cuenta de cuán infeliz y miserable, pobre, ciego y desnudo eres tú.”

La autosuficiencia y la pretendida superioridad moral son trampas que ahogan la vida espiritual. Se trata de orgullo de la peor clase. Solo los pobres en espíritu conocerán la bendición de Dios.

Isaías, hablando en el nombre de Dios dice: ***“Yo estimo a los pobres y contritos de espíritu, a los que tiemblan ante mi palabra.”*** (Isaías 66:2)

Salmos 34:18 lo expresa de esta manera: ***“El Señor está cerca de los quebrantados de corazón, y salva a los de espíritu abatido.”***

Isaías 57:15: ***“Yo habito en un lugar santo y sublime, pero también con el contrito y humilde de espíritu, para reanimar el espíritu de los humildes y alentar el corazón de los quebrantados.”***

Escucha las palabras de Salmos 34:17-20: *“Los justos claman, y el Señor los oye; los libra de todas sus angustias. El Señor está cerca de los quebrantados de corazón, y salva a los de espíritu abatido. Muchas son las angustias del justo, pero el Señor lo librará de todas ellas; le protegerá todos los huesos, y ni uno solo le quebrarán.”*

¿No oímos el corazón de nuestro Dios en estos versículos? Él está listo para salvar (Efesios 2:8-9). Para librarnos de la tentación (1 Corintios 10:13). Para perdonar nuestro pecado (1 Juan 1:9). Para otorgar sabiduría (Santiago 1:5). Para ser nuestra esperanza (1 Timoteo 1:1). A través de Cristo, Él es nuestro Admirable Consejero, Dios Fuerte, Padre Eterno, Príncipe de Paz (Isaías 9:6). El SEÑOR es nuestra Roca, nuestra fortaleza y nuestro libertador (Salmo 18:2). 1 Crónicas 29:14 y Proverbios 3:5-6 nos dicen que podemos confiar en Dios para todo y en todo.

Reconociendo nuestra debilidad, clamamos a Cristo y encontramos nuestras necesidades satisfechas en Él.

Si la mujer siria con la hija poseída por el demonio, en Marcos 7:26-30, no hubiera llamado a Cristo, su hija no habría sido liberada. Si el ciego, en Lucas 18:35-43, no hubiera llamado a Cristo, no habría recibido la vista. Si Jairo, el líder de la sinagoga en Lucas 8, no hubiera admitido su debilidad y caído a los pies de Jesús en medio de la multitud, humillándose a sí mismo y clamando por la vida de su hija, ella no habría resucitado de entre los muertos. En su debilidad clamaron a Cristo, y eso lo cambió todo.

* * *

Jesús nos llama a cada uno a la bendición de reconocer que somos pobres en espíritu. Pero ¿cómo nos deshacemos de nuestra autosuficiencia y nos damos cuenta de nuestra pobreza espiritual?

Un lugar para empezar es la Palabra de Dios. Lee el conocido como Sermón de la Montaña, en Mateo 5-7. Pídele al Espíritu Santo que te enseñe, te de ánimo, y convenza a tu espíritu. Busca comprender tu vida en el reflejo de la palabra de Dios. Deja que la palabra de Dios revele la condición de tu corazón y te traiga humildad de espíritu cuando veas tus defectos.

La clave es darse cuenta y aceptar el hecho de que vivimos cada momento en debilidad. Aceptar esta verdad nos llevará a “orar sin cesar”, el tipo de oración del que habla el apóstol Pablo en 1 Tesalonicenses 5:17.

Incluso en el Padre Nuestro, en Mateo 6:11, Jesús ora desde una posición de debilidad: *“El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy.”* Esta no era solo una oración por el pan literal, era una solicitud para satisfacer todas las necesidades que surgirían durante ese día. Es pedirle a Dios todo lo que necesitamos para sostenernos hoy, sin tan siquiera saber con certeza qué nos traerá el día.

Dios ha creado nuestras necesidades y nuestra debilidad para que nos demos cuenta de nuestra necesidad de Él, día a día. Vemos una gran ilustración de esto en la historia de los israelitas en el Antiguo Testamento. Habían sido liberados de la esclavitud en Egipto, pero ahora estaban vagando en el desierto como nómadas. El capítulo 16 de Éxodo explica como la gente empezó a murmurar y a quejarse de la

falta de alimentos. Como respuesta, Dios proveyó una sustancia llamada *Maná*. Dios ordenó que la gente saliera a recogerlo cada mañana, pero solo la cantidad suficiente para ese día.

Dios usó esta recogida del “pan de cada día” para recordarle al pueblo de Israel que estaba necesitado, que no podía satisfacer sus propias necesidades, que Dios las conocía bien y que se podía confiar en que las iba a satisfacer. Pero tenían que depender de Dios todos los días. Estos mismos principios se aplican a nosotros.

No oraremos por el pan de cada día, si no nos damos cuenta de que lo necesitamos. No oraremos por el pan de cada día, si estamos convencidos de que podemos proveerlo por nosotros mismos. No oraremos por el pan de cada día, si no creemos que Dios es consciente de nuestras necesidades. No oraremos por el pan de cada día, si no tenemos fe en que Dios proveerá.

Dios sabe que el mejor lugar donde podemos estar es cerca de Él. Por eso, a través de nuestra debilidad, Dios nos atrae hacia Él con necesidades diarias que solo Él puede satisfacer.

Esto no significa que debemos pensar mal de nosotros mismos. Es simplemente la idea de un niño muy amado que depende completamente del cuidado y la provisión de su Padre. Darnos cuenta de nuestra necesidad y nuestro lugar junto a nuestro Padre conlleva paz, provisión y gozo en Su presencia. Si confiamos en nosotros mismos, viviremos una vida de ansiedad y escasez. Si confiamos en Cristo, tendremos una vida de abundancia espiritual.

Hoy, te desafío a aceptar con humildad el hecho de que cada uno de nosotros depende espiritualmente de Cristo. Incluso si no lo sientes, empieza a vivir intencionalmente con tu debilidad en mente.

A través de la Palabra de Dios y la convicción de su Espíritu llegaremos a ser más conscientes de nuestra necesidad de Él. Esto, a su vez, nos impulsará a orar más, buscando Su fuerza. Eso nos motivará a pasar tiempo con otros creyentes, al percatarnos de la necesidad que tenemos unos de otros.

En esta pobreza de espíritu seremos bendecidos y fortalecidos para andar más plenamente en el reino de los cielos.